



Un pintor del alma de España

La campana tañía lentamente esparciendo sus notas sobre el pueblo que aún dormiso, cuando un hombre y un niño, penetraban por centésima vez bajo las bóvedas de una pequeña iglesia bizantina para cumplir los deseos de comunicarse con su Dios.

Fué con ese ambiente como aquel niño sintió nacer, lentamente, en su interior, un grande amor por el arte de la pintura, mientras que en su alma, tierna como el barro, quedaban grabadas las que decoraban la pequeña iglesia, llenas de triste dinamismo y rebosantes de sentimiento decorativo, en el color. Esas dos cualidades, el dinamismo místico y el sentimiento profundo del color ya no abandonarán durante toda su obra artística al que llegó a ser, andando el tiempo, el genial artista Domenico Theotocópulos, llamado por sus contemporáneos «El Greco».

Oriundo de Candia, isla de Creta, territorio dependiente entonces de la República Veneciana, se dirige a Venecia y allí, al lado del Tintoreto, el mejor decorador de aquella escuela. «El Greco», llega a ser tan genial como su maestro.

En Roma estudió y copió a Corregio y a Miguel Angel, siendo en la Ciudad Santa donde su amigo Julio Clovio le debió sugerir la idea de que viniese a España, donde debió llegar antes del año 1577, fijando su residencia en Toledo, su patria de amor y de adopción, lugar que ya no abandonó nunca, pues murió en la ciudad imperial en el año 1614.

«El Greco» trajo una paleta luminosa, producto de la vida espléndida, rica y exuberante que se llevaba entonces en la República Veneciana, chocando ese ideal, vivido por el artista, con el ambiente del reino de España lleno de serenidad e hidalga altivez. Repercutió ello en el color de sus obras, cambiando entonces las coloraciones cálidas de aquella escuela, por una gama fría, gris, matizada de finísimos tonos, valorada por una armonía impecable en los colores.

Siente «El Greco», al encontrarse en Toledo, un mayor empeño en reproducir el ambiente real, evocando la realidad misma por medio de un retrato: son sus severos hidalgos, llenos de misticismo. Y también siente, profundamente, evocándolos, actos de honda y sentida piedad: santos llenos de espíritu, mostrándonos ante todo su alma. Nadie logró representar como él el alma de los personajes retratados: porque en las obras de Rubens, por ejemplo, hay más magnificencia; en Velázquez, gran nobleza y en Van Dyck una sutil elegancia cortésana; pero esa vida interna tan acentua-

da no se encuentra más que en «El Greco», al que debemos considerar, ante todo, un retratista, cuya obra cumbre «El Caballero Desconocido», existente en el Museo del Prado, en Madrid, es la acrópolis de todo ese mundo creado por el artista candiota: y tan maravilloso es este lienzo, que si una vez logramos verlo ya no se separará más la fuerte impresión que nos produjo en nuestro ánimo, y será el fiel compañero que dirá con toda justeza el valor de otro retrato que con él comparemos. Y dentro del retrato, debemos incluir las series de los apóstoles, donde con todo el fresco encanto de sus maravillosas coloraciones, nos muestra el carácter de los compañeros de Jesús, dentro de los cuerpos de

aquellos nobles y reposados cortesanos de Felipe II.

Pero por encima de todo, fué el pintor místico e idealista, preocupado de representar enérgica y claramente, las visiones idealistas que su alma sentía.

Ejemplos de ello y por cierto ejemplos maravillosos y únicos: la parte alta del «Entierro del conde de Orgaz», en Toledo, la «Asunción de la Virgen», en Toledo también (último cuadro que pintó Domenico) y la «Asunción» del Museo de Villanueva y Geltrú; cuadro espléndido, que todos deberían conocer, porque no hay nada, en arte, que pueda superar esa pintura.

MIGUEL DE ESPAÑA

(continuará)

¿El Jazz es Música?

He leído con atención, admirado Maestro Ruera, el artículo que sobre el Jazz publicó en estas páginas y de acuerdo con Vd. en alguna apreciación, permítaseme formular algunas observaciones sobre tan apasionante tema.

Aunque es cierto que la música de jazz ha invadido la Civilización, esto no sería razón para poder estar orgullosos de ello. Ciertamente es, también, que muchos grandes artistas se ven, como dice Vd., «fracasados» al intentar ejecutar un simple fox, como lo es también que el Jazz ha sido asimilado y propagado preferentemente por los músicos de escaso valor. Y por eso es de lamentar que el amigo de Vd., para conseguir nuevos ingresos para su familia y evitar que medren los malos músicos, va a dedicarse con atención a la llamada música de Jazz. Y note que no va a ello por lo que se desprende de su revelación, movido por un ideal, sino por un fin puramente material (muy explicable por otra parte en los difíciles tiempos presentes, pues hasta Beethoven para ganarse el sustento, transportó e instrumentó obras que si no eran de su agrado lo eran, en cambio, del gran público de su tiempo) y por defensa de clase. ¡Ah! pero este señor temé que por ello se resientan sus aptitudes y por esto le prometo que seguirá con ahínco en sus estudios formales. El otro amigo de Vd. se consagra a un ideal a pesar del abandono en que la masa, loca por el Jazz, ha de dejarle. ¡Gloria al héroe!

Pero aparte de lo que sientan unos y otros, procuremos entrar en el fondo del asunto, y a ser posible con aquella sangre fría e imparcialidad que debe poseer el filósofo cuando va en busca de la ver-

dad, puesto que si resultare que el Jazz fuera música y por lo tanto poseyera una belleza, sería sensible haberlo combatido, ya que todo lo bello y vero nos viene de Dios y nos recuerda su belleza y verdad supremas, como también sería deplorable, en el caso de que el Jazz no fuera música, haber propagado el error y haber roto una lanza en defensa de un algo imaginario, sin contenido, que debiera llamarse «ruido de mal gusto».

Dejemos aparte la cantidad enorme de obras malas de Jazz, especialmente bailables, y evitemos sobre todo recordar sus ejecuciones tan difundidas, y la tristeza que nos causa el pensar en el día en que su digno amigo de Vd., por las razones ya consignadas, al igual que tantos buenos artistas, tenga que ejecutar estos sonidos desagradables, bailando también al mismo tiempo con su ritmo y de la misma manera que lo hace un negro de una tribu salvaje; y no nos entretengamos tampoco a compararlas con las obras de mal gusto que existen en las diferentes clases de música conocidas hasta hoy, pues proporcionalmente a lo escrito, el Jazz se quedaría en una desventaja abrumadora. Consideremos, pues únicamente aquellas obras que puedan merecernos atención por su valor folklórico, que es donde deben encontrarse y ponerse de acuerdo un día, los dos bandos en litigio. Y diremos: ¿Contienen estas obras ideas bellas? ¿Podemos considerarlas música? Tal vez sí, por la buena voluntad que ponga cada uno por su parte.

LUIS PALÁ

(continuará)